

Prólogo

LEER Y ESCRIBIR UNA VERSIÓN PERSONAL

No tengo ningún recuerdo. Es uno de los grandes defectos de mi intelecto, que no paro de darle vueltas a cualquier cosa que me interese, y a fuerza de examinarla mentalmente desde diferentes puntos de vista, al final veo algo nuevo y cambio por completo su aspecto. Extiendo el tubo de la lente y enfoco en todas direcciones, o lo repliego.

STENDHAL, *La vida de Henri Brúlard* (1835)

1

Tenía once años, no más, cuando me invadió el deseo de ser escritor, que poco después llegó a ser auténtica ambición. A edad tan temprana es un tanto inusual, pero no creo que tan raro. Según tengo entendido, hay muchos coleccionistas de libros o de cuadros que empiezan muy jóvenes, y hace poco, en India, Shyam Benegal, conocido director de cine, me contó que tenía cinco años cuando decidió que iba a ganarse la vida dirigiendo películas.

En mi caso, la ambición de ser escritor fue durante muchos años una especie de farsa. Me encantó que me regalaran un tintero de Waterman y cuadernos rayados (con márgenes), pero

no sentía deseos ni necesidad de escribir nada, y no escribía nada, ni siquiera cartas; no había nadie a quien escribir. En el colegio no se me daban demasiado bien las redacciones en inglés, ni me inventaba historias para contarlas en casa. Y aunque me gustaban los libros como objetos, no leía gran cosa. Me gustaba una edición para niños de las fábulas de Esopo, barata y de gruesas páginas, que me habían regalado; también un libro de los cuentos de Andersen que me compré una vez con el dinero que me habían dado por mi cumpleaños. Pero con otros libros —sobre todo los que supuestamente tenían que gustarnos a los chicos— tenía dificultades.

Un par de veces a la semana, cuando estaba en quinto curso, el señor Worm, el director, nos leía párrafos de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, en la edición de Collins Classics. El quinto curso era la clase para la beca, muy importante para el prestigio del colegio. Esa beca, concedida por el gobierno, era para los colegios de secundaria de la isla. Ganarla significaba no pagar la matrícula de la enseñanza secundaria y que te dieran los libros gratis. También cierta fama para ti mismo y para el colegio.

Yo pasé dos años en la clase de preparación para la beca; otros chicos listos tuvieron que hacer lo mismo. Durante el primer año, que se consideraba de prueba, hubo doce becas para toda la isla; al año siguiente, veinte. Doce o veinte, el caso era que el colegio quería llevarse su parte, y nos apretaban las tuercas. Nos sentaban bajo un estrecho tablero blanco en el que el señor Baldwin, uno de los profesores (con el pelo rizado todo brillante y aplastado), había pintado con torpeza los nombres de los ganadores de los últimos diez años. Y —honor inquietante— nuestra clase era también el despacho del señor Worm.

El señor Worm era un mulato de edad, bajo y corpulento, siempre correcto con sus gafas y su traje y la mano muy larga cuando se enfadaba; mientras daba azotes respiraba entrecorradamente, como si fuera él quien estuviera recibiendo el castigo. A veces, quizá solo para escapar del ruido del pequeño edificio del colegio, donde puertas y ventanas estaban siempre

abiertas y las aulas separadas únicamente por mamparas, nos sacaba al polvoriento patio, a la sombra del samán. Le llevaban su silla, y se sentaba bajo el samán igual que ante su gran mesa en la clase. Nosotros nos colocábamos a su alrededor, de pie, tratando de guardar silencio. Él miraba el librito de Collins Classics que, curiosamente, entre sus gruesas manos parecía un libro de oraciones, y se ponía a leernos a Julio Verne como si rezara.

Veinte mil leguas de viaje submarino no era un texto para los exámenes; solo el sistema que empleaba el señor Worm para iniciar en la lectura a sus alumnos para la beca. La idea consistía en darnos «una formación» y al mismo tiempo un descanso de tanto empollar para la beca (supuestamente, Julio Verne era uno de los escritores que tenían que gustarles a los chicos), pero para nosotros eran las horas de recreo, y nos costaba mucho quedarnos sentados o de pie todo el rato. Yo comprendía todas y cada una de las palabras, pero no seguía el hilo de lo que se decía. A veces también me pasaba en el cine, pero allí siempre disfrutaba de la idea de estar en el cine. Del Julio Verne del señor Worm no saqué nada en limpio, y aparte del nombre del submarino y del capitán, no guardo ningún recuerdo de lo que se leyó durante todas aquellas horas.

Sin embargo, ya había empezado a hacerme mi propia idea de lo que significa escribir. Era una idea mía, extrañamente ennoblecedora, ajena al colegio y a la vida desordenada y desintegradora de nuestra familia extensa hindú. Esa idea de escribir —que me despertaría la ambición de ser escritor— había surgido de las cositas que me leía mi padre de vez en cuando.

Mi padre era autodidacta y se hizo periodista por sus propios medios. Leía a su manera. En esa época tenía treinta y pocos años y aún estaba aprendiendo. Leía muchos libros a la vez, sin terminar ninguno, y no le interesaban ni el relato ni la trama, sino las cualidades especiales o el carácter del escritor. Eso era lo que le daba satisfacción, y saboreaba a los escritores solo a ratos. A veces me llamaba para que lo oyera leer tres o cuatro páginas, raramente más, de un texto que le agradaba

especialmente. Leía y explicaba con apasionamiento, y a mí no me costaba trabajo que me gustara lo mismo que a él. De esta forma tan curiosa —teniendo en cuenta las circunstancias, la mezcla de razas en el colegio de una colonia, la introversión asiática en casa— empecé a reunir mi propia antología de la literatura inglesa.

Estos eran algunos fragmentos de mi antología antes de que cumpliera los doce años: varios parlamentos de *Julio César*; páginas sueltas de los primeros capítulos de *Oliver Twist*, *Nicholas Nickleby* y *David Copperfield*; la leyenda de Perseo de *Los héroes*, de Charles Kingsley; unas cuantas páginas de *El molino junto al Floss*; un romántico cuento malayo de amores, fugas y muerte de Joseph Conrad; un par de *Cuentos de Shakespeare*, de Lamb; relatos de O. Henry y Maupassant; un par de páginas cínicas sobre el Ganges y una fiesta religiosa de *Jesting Pilate*, de Aldous Huxley; otras cosas del mismo estilo de *Vacación hindú*, de J.R. Ackerley, y unas cuantas páginas de Somerset Maugham.

Lo de Lamb y Kingsley debió de resultarme demasiado anticuado y enrevesado, pero por alguna razón —sin duda el entusiasmo de mi padre— fui capaz de simplificar todo lo que oía. En mi cabeza todos los fragmentos (incluso los de *Julio César*) adquirirían un aire de cuento de hadas, se transformaban en relatos de Andersen, remotos e intemporales, y no me costaba nada jugar mentalmente con ellos.

Pero cuando iba directamente a los libros, no era capaz de llegar más allá de lo que me habían leído. Lo que ya sabía era mágico; lo que intentaba leer yo solo, muy lejano. El lenguaje era demasiado difícil; me perdía entre los detalles sociales o históricos. En el relato de Conrad aparecían un clima y una vegetación como los que yo conocía, pero los malayos me parecían chocantes e irreales, y no sabía dónde meterlos. Cuando se trataba de escritores modernos, el hecho de que insistieran tanto en su personalidad me echaba para atrás; no podía imaginarme como Maugham en Londres ni como Huxley o Ackerley en India.

Deseaba ser escritor, pero al mismo tiempo tomé conciencia de que la literatura que me había despertado ese deseo procedía de otro mundo, muy alejado del nuestro.

2

Éramos una comunidad de emigrantes asiáticos en una pequeña isla azucarera del Nuevo Mundo. A mí India me parecía muy lejana, mítica, pero en aquella época en todas las ramas de nuestra familia extensa solo nos separaban unos cuarenta o cincuenta años de ella. Aún nos dominaban los instintos de los pueblos de la llanura del Ganges, si bien año tras año nos iba absorbiendo la vida de la colonia que nos rodeaba. Asistir a las clases del señor Worm formaba parte de ese cambio. En nuestra familia nadie tan joven como yo había ido al colegio. Después de mí habría otros en la clase para la beca, pero yo fui el primero.

Aún me acompañaban retazos de la antigua India (muy antigua, la India de las aldeas del siglo XIX, que debía de haber sido como la de los siglos anteriores), no solo en la vida encaustrada de nuestra familia extensa, sino en lo que nos llegaba a veces de la comunidad de fuera.

Uno de los grandes acontecimientos públicos a los que primero me llevaron fue el *Ramlila*, el espectáculo basado en el *Ramayana*, la epopeya sobre el destierro y posterior triunfo de Rama, el dios-héroe hindú. Tuvo lugar al aire libre, en un claro abierto en medio de la plantación de caña de azúcar, a las afueras de nuestro pueblecito. Los intérpretes masculinos iban desnudos de cintura para arriba, algunos con arcos alargados; andaban con lentitud, de una forma estilizada, rítmica, de puntillas, elevando los pies con pasos trémulos; cuando salían del escenario (he de fiarme de recuerdos muy antiguos) bajaban por una rampa excavada en la tierra. El espectáculo acababa con la quema de la gran efigie negra del rey de los demonios de Lanka. La quema era una de las cosas por las que acudía la

gente, y la tosca efigie, de papel embreado sobre un armazón de bambú, había estado todo el tiempo erguida en el claro, como augurio de la conflagración.

Todo lo de aquel *Ramlila* lo había traído la gente de India, en sus recuerdos. Y si bien como teatro era burdo, y seguramente yo me perdí muchos detalles de la historia, creo que comprendí y sentí más que con *El príncipe y el mendigo* y *Sesenta años de gloria* en el cine del pueblo. Esas fueron las primeras películas que vi, sin tener ni idea de lo que veía, mientras que el *Ramlila* aportó realidad y gran excitación a lo que sabía del *Ramayana*.

El *Ramayana* era el relato hindú más importante, la más accesible de nuestras dos epopeyas, y vivía entre nosotros como viven las epopeyas. Tiene una narración vigorosa, ágil e intensa y, a pesar de toda la maquinaria divina, un tema muy humano. Siempre se podía hablar de los personajes y sus motivaciones; la epopeya era como una lección de moral para todos nosotros. Cuantos me rodeaban conocían al menos los rasgos generales de la historia, y algunas personas incluso se sabían los versos. A mí no tuvieron que enseñármela; la historia del injusto destierro de Rama al peligroso bosque me parecía algo que conocía desde siempre. Se encontraba soterrado en la escritura que yo conocería más adelante al vivir en la ciudad, el Andersen y el Esopo que leería yo solo, y las cosas que me leería mi padre.

3

La isla era pequeña, de unos cuatro mil seiscientos kilómetros cuadrados y medio millón de habitantes, pero la población estaba muy mezclada y había muchos mundos distintos.

Cuando mi padre empezó a trabajar en el periódico local nos fuimos a vivir a la ciudad. Estaba a menos de veinte kilómetros, pero fue como ir a otro país. Dejamos atrás nuestro pequeño mundo rural indio, el mundo en plena desintegra-

ción de una India recordada. Nunca volví a él; perdí contacto con la lengua; nunca volví a ver un *Ramlila*.

En la ciudad vivíamos como en el limbo. Había pocos indios, y nadie como nosotros en la calle. Aunque todo estaba muy cerca y salía ruido de todas las casas y nadie tenía auténtica intimidad en su propio patio, nosotros seguíamos viviendo enclaustrados, mentalmente apartados de la vida que nos rodeaba, más colonial, con más mezcla racial. Había casas respetables, con sus galerías y sus helechos colgantes, pero también patios sin vallas con tres o cuatro casitas de madera medio podridas, de dos habitaciones, como las dependencias de los esclavos de la ciudad cien años antes, y un par de grifos comunes. La vida en la calle podía ser muy ruidosa; la gran base estadounidense estaba justo al final.

Llegar a la clase de preparación para la beca del señor Worm, tras tres años en la ciudad, sin parar de empollar y aprenderlo todo de memoria, viviendo con abstracciones y asimilando muy poco, fue como entrar en el cine con la película empezada y no tener sino unas cuantas claves dispersas para enterarte del argumento. Así fue durante los doce años que pasé en la ciudad antes de ir a Inglaterra. Nunca dejé de sentirme como un extraño. Veía a la gente de otros grupos solo desde fuera; las amistades del colegio se quedaban en el colegio o en la calle. No comprendía con claridad dónde estaba, y en realidad nunca me dio tiempo a averiguarlo; salvo diecinueve meses, pasé aquellos doce años inmerso en una especie de estudio colonial ciego, impuesto.

Muy pronto comprendí que había otro mundo exterior, del cual nuestro mundo colonial era tan solo una sombra. Ese mundo exterior –sobre todo Inglaterra, pero también Estados Unidos y Canadá– nos dominaba en todos los sentidos. Nos enviaba gobernadores y todo lo demás con lo que vivíamos: las conservas baratas que necesitaba la isla desde la época de la esclavitud (arenques ahumados, leche condensada, sardinas en aceite de New Brunswick); las medicinas especiales (Pastillas Renales Dodd, Linimento Sloan, un tónico llamado Seis Sesenta y Seis).

Nos enviaban las monedas de Inglaterra –salvo un intervalo durante un mal año de la guerra en el que usamos las monedas de cinco y diez centavos canadienses–, desde los medios peniques hasta las medias coronas, a los que automáticamente asignábamos valor en nuestros dólares y centavos, un centavo el medio penique, veinticuatro el chelín.

Nos enviaban libros de texto (*A Shilling Arithmetic*, de Rivington, *English Grammar*, de Nesfield) y exámenes para los diversos títulos escolares. Nos enviaban películas que alimentaban nuestra vida imaginativa, y las revistas *Life* y *Time*. Enviaban *The Illustrated London News* a montones, al despacho del señor Worm. Nos enviaban la Everyman's Library, los Penguin Books y los Collins Classics. Todo. Al señor Worm le dieron a Julio Verne, y a mí, por medio de mi padre, mi antología literaria particular.

No era capaz de adentrarme en los libros yo solo. No poseía la clave imaginativa. Mi conocimiento de la sociedad –una India rural de débil recuerdo y un mundo colonial de mezclas visto desde fuera– no servía de ayuda con la literatura de la metrópoli. Yo me encontraba a dos mundos de distancia.

No se me daban bien los relatos de los colegios privados ingleses (recuerdo uno con el curioso título de *Gorrión en busca de expulsión*, recién llegado de Inglaterra para la pequeña biblioteca del señor Worm). Y más adelante, en la enseñanza secundaria (obtuve la beca), me tropecé con las mismas dificultades ante los relatos de misterio o aventuras de la biblioteca del colegio, con Buchan, Sapper, Sabatini, Sax Rohmer, todos ellos honrados con la encuadernación en piel de antes de la guerra y el emblema del colegio estampado en oro en la cubierta. Yo no le veía sentido a tanta agitación artificial, ni a las novelas de detectives (mucho lectura, un poquito de desconcierto, y todo para un pequeño misterio). Y cuando, sin saber mucho de las nuevas celebridades, intenté leer sencillas novelas inglesas de la biblioteca pública, se me plantearon demasiadas preguntas, sobre la realidad de las personas, lo artificioso del método narrativo, el objetivo de todo el tinglado, la recompensa que yo recibía.

Con mi antología particular y las enseñanzas de mi padre me había hecho una idea muy elevada de la escritura. Y aunque había empezado desde un ángulo completamente distinto y tardaría años en comprender por qué me sentía como me sentía, mi actitud (como llegaría a descubrir) se parecía a la de Joseph Conrad, un escritor que por entonces acababa de publicar, cuando le enviaron la novela de un amigo. Sin duda, la novela tenía una gran trama; Conrad no la veía como una revelación del corazón humano sino como una invención de «acontecimientos que, hablando con propiedad, son únicamente *casualidades*». «Todo el encanto, toda la verdad —escribió a su amigo—, se echan a perder con el [...] mecanismo del relato, podríamos decir, que lo hace parecer falso.»

Para Conrad, como para el narrador de *Bajo la mirada de Occidente*, el descubrimiento de cada relato era de carácter moral. También lo era para mí, aún sin saberlo. A eso me habían llevado el *Ramayana*, Esopo, Andersen y mi antología particular (incluso Maupassant y O. Henry). Cuando Conrad conoció a H.G. Wells, que lo consideraba demasiado farragoso y pensaba que no presentaba la narración con claridad, Conrad le dijo: «Estimado Wells, ¿qué es eso de *El amor y el señor Lewisham*? ¿Y todo eso sobre Jane Austen? ¿De qué va todo eso?».

Así me sentí yo en la enseñanza secundaria, y durante muchos más años, pero no se me pasó por la cabeza expresarlo. No se me habría ocurrido que tenía derecho a hacerlo. No me consideré lector competente hasta que cumplí los veinticinco años. Ya llevaba siete años en Inglaterra, cuatro de ellos en Oxford, y había adquirido cierto conocimiento de la sociedad, lo suficiente para comprender la narrativa inglesa y europea. Además, ya era escritor, y por tanto podía ver la escritura desde el otro lado. Hasta entonces había leído a ciegas, sin criterio, sin saber realmente cómo enjuiciar los relatos inventados.

Sin embargo, durante la enseñanza secundaria había añadido unas cuantas cosas indiscutibles a mi antología. Lo más entrañable eran los relatos de mi padre sobre la vida de nuestra comunidad. Me encantaban como escritura, y también por el

esfuerzo de su elaboración, que yo había visto. Además, me sujetaban al mundo; sin ellos no habría sabido nada de nuestros antepasados. Y gracias al entusiasmo de un profesor tuve tres experiencias literarias en sexto grado: *Tartufo*, como un cuento de hadas y de miedo, *Cyrano de Bergerac*, capaz de despertar las emociones más profundas, y *El lazarillo de Tormes*, la novela picaresca española de mediados del siglo XVI, la primera en su género, fresca e irónica, que me llevó a un mundo como el que yo conocía.

Eso fue todo. Esa era mi cosecha de lecturas al final de mis estudios en la isla. No podía decir que fuera lector. Nunca había tenido la capacidad de perderme en la lectura de un libro; como mi padre, solo podía leer a poquitos. Las redacciones que hacía para el colegio no eran nada excepcional; simple tarea de empollón. A pesar del ejemplo de mi padre con sus relatos, yo no había empezado a concretar lo que podía escribir. Y sin embargo, seguía considerándome escritor.

Ya no era tanto una auténtica ambición como una forma de autoestima, un sueño de liberación, una idea de nobleza. Mi vida, y la de nuestra parte de la familia extensa, siempre había sido inestable. Aunque no era huérfano, mi padre careció en cierto modo de hogar desde la infancia, y siempre habíamos sido medio dependientes. A mi padre le pagaban poco como periodista, y durante varios años lo pasamos mal, sin una casa como es debido en la que vivir. En el colegio yo destacaba; en la calle, donde aún nos manteníamos al margen de los demás, me avergonzaba de nuestra situación. Incluso después de aquella mala época, cuando ya nos habíamos mudado, me consumía la angustia. Era la emoción que me daba la impresión de conocer desde siempre.

El gobierno colonial concedía cuatro becas al año a los estudiantes de enseñanza superior que acabaran a la cabeza de su

grupo: idiomas, estudios modernos, ciencias, matemáticas. Enviaban los exámenes de Inglaterra, y las respuestas de los estudiantes se devolvían allí para ser calificadas. Las becas eran generosas y estaban destinadas a proporcionar una profesión a los elegidos, hombres o mujeres. Quien obtenía la beca podía ir, a expensas del gobierno, a cualquier universidad o centro de enseñanza superior del imperio británico y beneficiarse de ella hasta siete años. Cuando obtuve la beca —tras un esfuerzo que aún me duele solo de pensarlo; en eso debían desembocar todos los años de tanto empollar—, decidí ir solo a Oxford, para el curso de inglés, que duraba tres años. No fue por Oxford ni por el inglés; sabía bien poco sobre ambos. Lo hice sobre todo para salir a un mundo más amplio y concederme tiempo para vivir mi fantasía de ser escritor.

Ser escritor significaba escribir novelas y relatos. Así había surgido mi ambición, gracias a mi antología y al ejemplo de mi padre, y así continuó. Resultaba extraño que no me hubiera cuestionado esta idea, pues no me gustaban las novelas, nunca había sentido el impulso de inventar historias (como lo sienten los niños, según dicen) y casi toda mi vida imaginativa durante los largos años de empollar se había centrado en el cine, no en los libros. A veces, al pensar en mi vacío interior para escribir, me ponía nervioso, y entonces —era casi como creer en la magia— me decía que cuando llegara el momento no habría vacío y escribiría libros.

En Oxford, con aquella beca obtenida tras tanto empeño, debería haber llegado el momento, pero el vacío persistía, y la idea misma de la narrativa y la novela seguía confundíendome. Una novela era algo inventado; así se la podía definir, prácticamente. Al mismo tiempo se esperaba que fuera verdad, que estuviera sacada de la vida, de modo que parte del sentido de una novela procedía de un rechazo a medias de la ficción, o de mirar una realidad a través de ella.

Más adelante, cuando empecé a identificar mi material y a ser escritor, trabajando más o menos intuitivamente, dejó de preocuparme esa ambigüedad. En 1955, el año en que se pro-

dujo ese avance, logré comprender la definición de la narrativa de Evelyn Waugh (en la dedicatoria de *Oficiales y caballeros*, publicada en la misma fecha): «experiencia completamente transformada». El año anterior no hubiera entendido ni creído esas palabras.

Más de cuarenta años después, cuando leí por primera vez los apuntes de Tolstói sobre Sebastopol, recordé aquella felicidad que sentía al principio de escribir, cuando empecé a ver que se me abría un camino. Pensé que en aquellos apuntes veía avanzar al joven Tolstói, como movido por la necesidad, hacia el descubrimiento de la narrativa, comenzando como escritor de meticulosas descripciones (el equivalente ruso de William Howard Russell, el corresponsal de *The Times*, no mucho mayor que él, en el otro extremo), y después, como si hubiese encontrado una forma mejor y más fácil de tratar los horrores del sitio de Sebastopol, con una narración sencilla, poniendo los personajes en movimiento y aproximando la realidad.

Yo haría un descubrimiento semejante, pero no en Oxford. No ocurrió nada mágico en los tres años que pasé allí, ni en el cuarto que me concedió el Ministerio de las Colonias. Seguía inquietándome la idea de que la narrativa era algo inventado. ¿Hasta dónde podían llegar las invenciones, «las casualidades» de Conrad? ¿Cuál era la lógica y cuál el valor? Me dejé llevar por muchos vericuetos. Tenía la sensación de que mi personalidad de escritor era algo grotescamente fluido. No me proporcionaba el menor placer sentarme a una mesa y fingir que escribía; me sentía cohibido, falso.

Si hubiera tenido un poco de dinero, o perspectivas de un trabajo aceptable, me habría resultado fácil renunciar a la idea de escribir. Ya solo la veía como una fantasía fruto de la preocupación y la ignorancia de la infancia, y se había convertido en una carga. Pero no había dinero. Tenía que aferrarme a esa idea.

Era poco menos que indigente —tendría unas seis libras— cuando me marché de Oxford a Londres con la intención de ser escritor. Lo único que me quedaba de la beca, que me pa-